

Paisajes identitarios en México. Análisis y valoración de paisajes de la independencia

Identity Landscapes in Mexico: Analysis and Appreciation of Independence Landscapes

Virginie Thiébaud*

INTRODUCCIÓN

En este trabajo el paisaje se considera como una contribución conceptual y metodológica integradora de la Geografía y de la Historia; una realidad tangible conformada por elementos físicos del presente y del pasado, que se carga de valores y símbolos culturales y personales. Después de los múltiples festejos del Bicentenario de la Independencia que se dieron en México en el año 2010, el objetivo de este trabajo es entender cómo los sucesos de la Guerra se pueden relacionar con los paisajes que fueron sus escenarios. Para llevar a cabo esta reflexión, se tomarán en cuenta los conceptos de lugares de memoria y de paisajes identitarios, ya trabajados por numerosos historiadores y geógrafos.

En una primera parte, haremos una revisión del concepto de paisaje y estudiaremos cómo se fueron creando y construyendo los paisajes identitarios en distintos países. En una segunda parte, evaluaremos si existen paisajes relacionados con los sucesos de la Independencia de México que podrían ser valorados como paisajes identitarios, al haber sido el escenario de batallas

* Centro de Estudios de Geografía Humana. El Colegio de Michoacán, A.C. México.
(virginia@colmich.edu.mx / virginithiebaut@yahoo.fr)

fundamentales para la nación y al poseer ciertas características estéticas y evocadoras. Veremos también cómo la observación de los paisajes actuales y el análisis de distintos de sus elementos pueden ayudar a entender los acontecimientos bélicos del pasado. Por ejemplo la observación de los alrededores del Puente de Calderón, donde se desarrolló una famosa batalla entre insurgentes y realistas durante la guerra de Independencia, en el estado de Jalisco, puede ayudar a reconstruir las circunstancias reales del enfrentamiento y explicar las causas de la derrota de las tropas de Hidalgo. El Fuerte del Sombrero, cerca de Lagos de Moreno, en el norte del mismo estado, fue otro escenario importante de la resistencia de los insurgentes frente a las tropas realistas. Buscaremos crear un antecedente mediante los ejemplos utilizados, para que el análisis geográfico sea utilizado más comúnmente como herramienta complementaria en el estudio de acontecimientos históricos de varias índoles.

I. PAISAJES E IDENTIDAD

Un concepto geográfico del paisaje

Para acercarnos a los paisajes de la Independencia de México, nos interesa especialmente el concepto integrador de paisaje desarrollado en la última década por un grupo de geógrafos españoles encabezado por Eduardo Martínez de Pisón (2010, 2009) y Nicolás Ortega Cantero (2010, 2009a, 2009b, 2007, 2004). En esta corriente, se retoman conceptos de los fundadores de la geografía moderna, Humboldt y Ritter, ya que se considera que los paisajes se deben de explicar y entender, pero que también se han de sentir y percibir, porque son al mismo tiempo «una realidad formal y una imagen cultural» (Ortega Cantero, 2004, p. 9). No son solamente una imagen o una construcción cultural, no son solamente subjetivos, como pudieron argumentar geógrafos de la nueva geografía cultural, sino que están conformados por elementos materiales, que los hombres, usuarios de estos paisajes, viven, perciben, valoran, y a los cuales dan un significado. Como lo define Nicolás Ortega Cantero «el paisaje es la expresión de un orden natural y esa expresión se plantea en dos ámbitos inseparables: el ámbito de las formas, de la materialidad visible, de los hechos objetivables, y el ámbito de las cualidades y los significados, del orden interno, de la atribución subjetiva del sentido» (Ortega Cantero, 2004, p. 28). Este planteamiento es el que expresaron también geógrafos franceses, como Sylvie Rimbart, quien toma en cuenta dos puntos de vista epistemológicos bien diferenciados: «el que considera el espacio como un objeto de observación» y «el que toma el individuo

como punto de partida». En el primer caso, «el paisaje es un sistema real cuyos elementos e interacciones son lo que son, con independencia de la percepción o el significado que le den las personas». En el segundo, «se parte de la idea de que el entorno en tanto que percibido no es algo neutro y con organización propia, sino un conjunto de signos que se leen y se estructuran en forma de paisaje según una sistemática semiológica propia del sujeto» (Gómez Mendoza, Muñoz Jiménez y Ortega Cantero, 2001, p. 132). En este trabajo consideramos, como estos geógrafos, que los paisajes no son solamente un conjunto de elementos físicos, sino que la percepción de un paisaje depende de la cultura y se apoya en prácticas colectivas, en códigos, en referencias dominantes, en valores estéticos (Sgard, 2008, p. 123).

La construcción de paisajes identitarios

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, en un contexto general de conformación de los nacionalismos y de creación de la identidad nacional en los países occidentales, los paisajes fueron utilizados de manera recurrente por ciertos grupos intelectuales y políticos. Se consideraba que el carácter y la historia nacional se reflejaban en ellos, por lo cual eran «un testimonio y un símbolo de la historia y de la identidad compartidas por esa colectividad» (Ortega Cantero, 2010, p. 49). Algunos ejemplos conocidos son los paisajes alpinos suizos, los paisajes rurales de Inglaterra y de Francia, el bosque en Alemania o las grandes extensiones desérticas del oeste de Estados Unidos, cuyas características se asimilan a las aspiraciones, al carácter y la psicología de sus habitantes (Ortega Cantero, 2010, p. 49). Se resaltaron también acontecimientos históricos forjadores de la nación, especialmente episodios bélicos, simbolizados por paisajes emblemáticos. Los paisajes fueron considerados como «una suerte de receptáculo del pasado en el presente, una expresión —material y simbólica— de la historia de los grupos humanos» (García Álvarez, 2009, p.185). En efecto, a través de los paisajes, se puede rastrear la historia, y entender «rasgos y cualidades» colectivos de sus actores: «se puede llegar [...] a conocer y valorar el carácter colectivo —la identidad— del pueblo o de la nación correspondientes» (Ortega Cantero, 2009a, p. 27). Según estas concepciones, ciertos paisajes expresan y simbolizan por sus características las claves de la identidad nacional y se convierten así en lugares de memoria y en símbolos de la historia y de la identidad de un país (García Álvarez, 2009, p. 185).

En varios trabajos, el geógrafo español Nicolás Ortega Cantero explica como los paisajes de Castilla, y en especial los de la Sierra de Guadarrama,

fueron considerados desde el siglo XIX por la Institución de Libre Enseñanza como los paisajes representativos de la nación española, tanto por los sucesos que se desarrollaron allí como por sus características físicas, asimilables a las de la población española y por los valores y los significados que la población depositan en ellos (Ortega Cantero, 2007, 2009a). Los institucionalistas atribuyeron a los paisajes serranos de Guadarrama cualidades que consideraban propias del pueblo español: nobleza, dignidad, austeridad, entre otros. Transformaron elementos simbólicos de estos paisajes, como la Cartuja del Paular, en lugares de memoria, tomando en cuenta criterios científicos, naturalistas y geográficos, históricos y también estéticos (Ortega Cantero, 2009b). De la misma manera, la montaña de Covadonga, en Asturias, donde los cristianos ganaron una batalla en contra de los musulmanes en el año 718, se volvió un lugar simbólico para la historia y la identidad española. Por ser el lugar asociado a una batalla ilustrativa del carácter nacional, fue considerado como la «cuna» de la nacionalidad española durante el siglo XIX (Ortega Cantero, 2009b). La construcción de una basílica al final del siglo XIX y la inauguración del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga en 1918 permitieron la valorización de estos paisajes montañosos y la restauración del santuario antiguo. Hasta la fecha, Covadonga sigue siendo un lugar de memoria y de identidad nacional muy relevante en España.

En Francia, un caso parecido es el de Alesia en el Mont Auxois —Borgoña—, donde las tropas de Julio César asediaron y vencieron una confederación de tribus galas lideradas por Vercingétorix en 52 a.C. Se desconoció durante siglos el sitio exacto de la fortaleza, hasta que entre 1861 y 1865 el emperador Napoleón III fomentó excavaciones arqueológicas en el Mont Auxois, lugar que concordaba con las descripciones de Julio César en su obra *La Guerra de las Galias* (Buchsenschutz y Schnapp 1997, pp. 4112-4120). Los investigadores encontraron allí numerosos vestigios de los campamentos romanos y de las batallas. Cuando se acabaron las excavaciones, ya comprobada la ubicación del lugar, Napoleón III ordenó erigir una estatua de Vercingétorix en la cima del cerro. En el contexto bélico entre Francia y Alemania de las décadas posteriores, se utilizó la figura de Vercingétorix como la de un héroe mítico, símbolo de la resistencia al invasor, y el Mont Auxois se volvió un lugar de visita emblemático para los franceses. Actualmente se sigue considerando como un lugar de memoria complejo donde se mezclan la Mitología, la Arqueología y la Historia (Buchsenschutz y Schnapp, 1997, p. 4103). El cerro que domina el valle y las parcelas cultivadas, pastos y bosques que lo rodean, conforman además un paisaje rural «típicamente francés» con el cual gran parte de la población de ese país se puede identificar fácilmente, en virtud de su pasado familiar rural (Cachin, 1997, pp. 957-960).

Nos damos cuenta, a través de estos ejemplos, que los paisajes identitarios son claramente construcciones políticas utilizadas para resaltar los sentimientos patrióticos y participar a la creación de una identidad nacional. En ciertos casos como en el de Covadonga, los paisajes montañosos que integran monumentos históricos y religiosos de interés y presentan al mismo tiempo una belleza estética y un interés ambiental fueron valorados y considerados como bienes patrimoniales nacionales desde el siglo XIX y están aún hoy en día protegidos y conservados (García Álvarez, 2009, pp. 186-187). En otros casos, como en Alesia, el lugar de peregrinación apenas se está consolidando: se va a enriquecer con la construcción de un «museo-parque» constituido por un centro de interpretación y un museo arqueológico, que podría permitir el desarrollo económico y social del lugar mediante el turismo rural, pero que al mismo tiempo constituye una amenaza para la conservación de los paisajes rurales, tal como se habían mantenido hasta la actualidad.

Los paisajes identitarios de México en las obras pictóricas

En el caso de México, joven nación en formación durante el siglo XIX, la toma de conciencia de la territorialidad nacional y la idea de patria nacieron en la segunda mitad del siglo XVIII (Florescano, 1998). Sin embargo fue después de la declaración de Independencia y sobre todo de las invasiones extranjeras de 1846-1848 —Estados Unidos— y 1862-1867 —Francia— y con la estabilización política y la mayor centralización obtenidas durante el Porfiriato, cuando el proyecto de nación y de identidad colectiva tomó toda su fuerza.

Como la existencia política de la nación está muy íntimamente vinculada al territorio, era importante para el joven país definir un territorio con límites precisos —las fronteras internacionales— así como controlar y ocupar los extensos territorios interiores (García Rojas, 2009, pp. 63, 67, 72). En este contexto, para llegar a un mejor conocimiento del territorio nacional y para fijar una imagen de él, se siguió la tarea iniciada en el siglo XVIII y al principio del siglo XIX con Alexander von Humboldt; se elaboraron atlas y mapas a varias escalas, representando la totalidad o partes del territorio. Mediante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —fundada en 1833—, los ingenieros, agrimensores y geógrafos trabajaron durante décadas para aportar un mejor conocimiento científico del territorio nacional y difundirlo, a través de censos de población, catastros, atlas, mediciones de distintos tipos. Unas obras cartográficas reconocidas del siglo XIX y que además tienen un gran valor estético

son las de Antonio García Cubas (García Cubas, 1983), elaboradas durante el Porfiriato. En ellas, aparece el mapa de la república mexicana, a veces acompañado por estadísticas y rodeado por viñetas representando la riqueza y la diversidad del país, ya sean naturales —carta orográfica, carta hidrográfica— o culturales —retratos de personajes con características etnográficas, elementos arquitectónicos prehispánicos y eclesiásticos, actividades agropecuarias y mineras, vías de comunicación—. Estas obras son muy características de la imagen que se quería dar del país en esta época: por una parte, mediante la representación de fábricas, obras de desagüe y edificios modernos, están presentes el orden y el progreso conseguidos durante el Porfiriato. Por otra parte, se representa a México como un conjunto unido, a pesar de estar conformado por lugares muy heterogéneos (García Rojas, 2009, p. 80). Además aparece en esta gran obra el pasado prehispánico de México, con la representación de las distintas etnias que conformaban la población mexicana. Mientras en el siglo XIX había predominado la idea de que era un lastre que impedía el desarrollo del país —a pesar de otras tendencias que acordaban importancia a las raíces prehispánicas— fue apenas en la época de Porfirio Díaz «cuando los dirigentes políticos se [sintieron] herederos y custodios de las antiguas civilizaciones que se desarrollaron en el territorio nacional» (Florescano, 1998, p. 447). Otro ejemplo de la integración de los indígenas en el pasado nacional fue la obra de historia general coordinada por Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos* (1884-1889): por primera vez, se escribió una historia integradora de las diversas raíces de la nación (Florescano, 1998, p. 445).

La propuesta de consolidar la nueva nación alrededor de una identidad común pasó no solamente por la elaboración de cartografía y libros de historia, sino también por la publicación de periódicos y revistas, la fundación de academias científicas y de museos, la redacción de novelas de costumbres. Así mismo, se crearon símbolos que exaltaban el carácter nacional, como el himno nacional y el culto de héroes míticos que lucharon para defender la nación de los invasores extranjeros (Florescano, 1998, pp. 433-435). Desde el inicio del Porfiriato, las obras pictóricas también fueron utilizadas como soporte de la identidad nacional: la demanda de pinturas de tema histórico nacional aumentó y se creó una escuela de arte mexicanista en la cual la representación de temas y personajes históricos tomó mucha importancia. Al mismo tiempo se fueron generalizando las pinturas de paisajes (Ramírez, Cuadriello y Acevedo 2001; Ramírez 1993 y 1989), y fue a «este género pictórico al que se fío la tarea de construir una imagen de la nación en proceso de consolidarse» (Ramírez, 2004, p. 278). Si ya se pintaban paisajes desde el imperio de Maximiliano, con escenas de la fundación de México y el paisaje del valle

como escenario, fue a partir de las décadas 1870 y 1880 cuando las pinturas de paisajes alcanzaron un nuevo estatus prestigioso. Durante el Porfiriato, se consideraba que «pintar la historia, el paisaje y las costumbres locales constituía un acto de exaltación y de preservación. Contribuiría a irle moldeando un rostro distinto a la nación ante la comunidad internacional» (Ramírez, 2003, p. 116). Por lo mismo en 1889, se mandaron varias pinturas del famoso paisajista José María Velasco y de sus discípulos a la Exposición Universal de París. Por otra parte, «la creación del sentimiento de territorialidad» sirvió entre otros elementos «como factor ideológico de cohesión nacional» (Ramírez, 2004, p. 270). Los pintores buscaban representar «un paisaje que permitiera identificarse a la población con su territorio, o fuese capaz de representar [el] ideal nacional» (Mollá Ruíz-Gómez, 2010, p. 105).

En esta búsqueda, «las representaciones de la ciudad de México y luego del valle de México se vieron investidas de un valor metonímico como emblemas de la nación entera» (Ramírez, 2004, p. 270). Por lo tanto, gran parte de los paisajes pintados durante las últimas décadas del siglo XIX, que sean las viñetas que acompañan los mapas de García Cubas o los grandes lienzos de los paisajistas, representan la ciudad y el valle de México. Esto se debe sin duda a la importancia que tuvo la ciudad de México como sede de poder y de autoridad del Estado y a la voluntad de centralización del mismo, durante la época colonial. Incluso antes de la Conquista, como lo señala Manuel Mollá (Mollá Ruíz-Gómez 2010, p. 106), el mayor poder se concentraba en el mismo valle: entre las manos de los mexicas, en la ciudad de Tenochtitlan al momento de la Conquista, y anteriormente durante varios siglos en la gran ciudad de Teotihuacan. De la misma manera que en España, los paisajes de Castilla eran considerados por los institucionistas del siglo XIX como los que simbolizaban a toda la nación española, en el caso mexicano, parece que la identidad nacional —o por lo menos la que quisieron mostrar los políticos y los pintores del siglo XIX a través de las obras de arte— está claramente vinculada al valle de México.

La mayor parte de las obras de los maestros paisajistas del siglo XIX, el italiano Eugenio Landesio y su alumno el mexicano José María Velasco, representan vistas panorámicas de campo abierto que ofrecen varias perspectivas del valle —desde el cerro del Tepeyac, el Cerro de Chapultepec, el Molino del Rey, el camino a Chalco— y áreas más reducidas —hacienda de Coapa, barranca del Muerto—. En la naturaleza pintada aparecen de manera recurrente rasgos característicos del país: los relieves —los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl que dominan el valle siendo los más notorios— la vegetación propia de México —nopales, magüeyes, cardones, ahuehuetes, pirús— los lagos y las

rocas volcánicas. Estos elementos naturales se mezclan con elementos culturales: las parcelas de cultivos, los edificios de la ciudad de México que se distinguen a lo lejano, las construcciones que aparecen en un primer plano —granjas, fábricas, capillas— y las escenas populares, con representación de los distintos grupos sociales y étnicos, especialmente indígenas. Estas figuras humanas se encuentran siempre en un primer plano, como para resaltar la inmensidad y belleza del paisaje que aparece atrás. La representación recurrente de indígenas permitía además reforzar el aspecto identitario de los paisajes, ya que para esta época, la identidad mexicana incluía las raíces indígenas, como ya lo hemos mencionado. Conforme avanzaba el siglo XIX, Velasco agregó al escenario tradicional, otros elementos que simbolizaban la industrialización y el progreso que iniciaban en el país, como las vías de ferrocarril y los trenes, los puentes de estructura metálica, las fábricas con sus altas chimeneas, las obras de drenaje (véase ilustración 1).

ILUSTRACIÓN 1

EL VALLE DE MÉXICO DESDE EL MOLINO DEL REY (235), JOSÉ MARÍA VELASCO, 1898



En estos cuadros, los paisajes presentan rasgos asimilables a la nación mexicana, para crear un paisaje nacional, simbólico. Como lo dice Fausto Ramírez, «la maestría de Velasco se traducía en una brillante ejecución técnica, y en una singularidad habilidad para revelar, por medio de los “episodios” y “localidades” del paisaje, una imagen de las costumbres, donde lo viejo y lo nuevo se entremezclaban, y las huellas que la historia había ido inscribiendo en el territorio nacional» (Ramírez, 2003, p. 119). Por todos los elementos simbólicos que contienen, «las representaciones paisajísticas [...] desarrollaron un destacado papel en la construcción de un imaginario nacional» (Cabrales, 2011, p. 128). Eran el resultado de la voluntad de fundir en una misma nación los distintos miembros de una colectividad, «miembros —que según Benedict Anderson— ni se conocían, ni tuvieron contacto nunca, y pese a ello, en sus mentes se instaló la idea de que pertenecían a una entidad denominada nación mexicana» (citado por Florescano, 1998, p. 497).

Sin embargo, no todos los habitantes se pudieron identificar con las bellísimas representaciones de la región central. A pesar de la presencia en los cuadros de elementos de la flora y de la orografía que se podían encontrar en muchas partes del país, la gran diversidad existente a nivel climático, topográfico y cultural, dificultaba una identificación generalizada de la población con estas obras. De la misma manera, los personajes representados en el primer plano podían permitir la identificación del grupo de los nahuas, asentados en el altiplano, pero no de la totalidad de las etnias indígenas que vivían en la nueva nación mexicana —para quienes además la posibilidad de contemplar estas obras era casi nula—. Ya al final del siglo XIX, el político liberal Ignacio Manuel Altamirano, que defendía la autonomía regional frente al centralismo del Porfiriato, reprochó a Velasco representar solamente paisajes del altiplano central (Ramírez, 2004, pp. 283-284).

En la actualidad, la situación es la misma: las personas originarias de la ciudad de México y del valle central sienten que la pintura representa «algo propio» y se identifican fácilmente, además con un sentimiento de nostalgia por esta realidad representada y hoy desaparecida —la nieve en los volcanes, la extensión reducida de la ciudad, la presencia de los lagos—. Los nativos de otros lugares de la República no se reconocen en estas pinturas paisajísticas y se refieren a otros paisajes como «suyos», muy diversos según su lugar de origen y su experiencia de vida. El geógrafo Yi-Fu Tuan aporta una explicación a estas diferencias, en su obra *Topofilia* publicada en 1974: «A la nación moderna, por ser un vasto espacio limitado, no es fácil experimentarla de manera directa [...]. La topofilia suena falsa cuando se proclama para un gran territorio. Requiere un tamaño compacto. El amor no puede extenderse al imperio

porque es un conglomerado de partes heterogéneas unidas por la fuerza» (Tuan, 2007, pp. 139-141). En el caso de México, la magnitud del territorio nacional y la diversidad de los paisajes dificultaron la identificación por los paisajes pintados del altiplano central, identificación que quizás se habría podido lograr a través de paisajes vinculados con sucesos históricos.

2. LOS ESCENARIOS DE LAS BATALLAS DE LA INDEPENDENCIA COMO POSIBLES PAISAJES IDENTITARIOS

Al contrario de lo que pasó en España y en Francia, en México no se utilizaron los escenarios de sucesos históricos para crear paisajes identitarios. En las pinturas de los paisajistas del siglo XIX se refleja la evolución que conoció el país en el siglo XIX, pero no se han utilizado —ni en esa época ni desde aquel entonces— los paisajes relacionados con la Independencia como símbolos de la identidad nacional, a pesar de que fue un suceso histórico considerado como fundador de la nación. Existen edificios aislados relacionados con la Independencia, como la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato o la casa de la Corregidora en Querétaro, numerosos monumentos representando a Miguel Hidalgo, José María Morelos y otros héroes de la Independencia que se encuentran diseminados en todas las localidades del país, museos relacionados con los hechos belicistas donde se enseñan mapas, retratos y reliquias de distintos tipos, y hasta una Ruta de la Independencia 2010, inaugurada para la conmemoración del Bicentenario. Sin embargo, los paisajes que fueron los escenarios de las grandes batallas entre insurgentes y realistas resultan ausentes del panorama cultural e histórico mexicano actual.

En este trabajo, vamos a identificar entonces paisajes que podrían ser manejados como identitarios, en razón de su vínculo con los sucesos de la Independencia de México y de otras características que encontramos en paisajes identitarios de otras partes del mundo, como su belleza estética y su riqueza ambiental. Veremos de qué manera estos lugares están considerados y valorados en la actualidad y explicaremos cómo un análisis preciso de sus características geográficas permitiría complementar la información ya existente sobre los hechos que allí se desarrollaron. Relacionar la Historia con sus escenarios debe ser una manera de conocer mejor los sucesos del pasado pero también de apreciar y proteger los paisajes del presente.

El Fuerte del Sombrero, en Jalisco: paisajes olvidados

El cerro del Sombrero, donde los insurgentes construyeron un fuerte entre 1814 y 1817, está situado al norte del estado de Jalisco, a aproximadamente 30 km al oriente de Lagos de Moreno y a 20 km al norte de León, en la Sierra de Comanja, cerca del límite administrativo con el estado de Guanajuato (véase mapa 1).

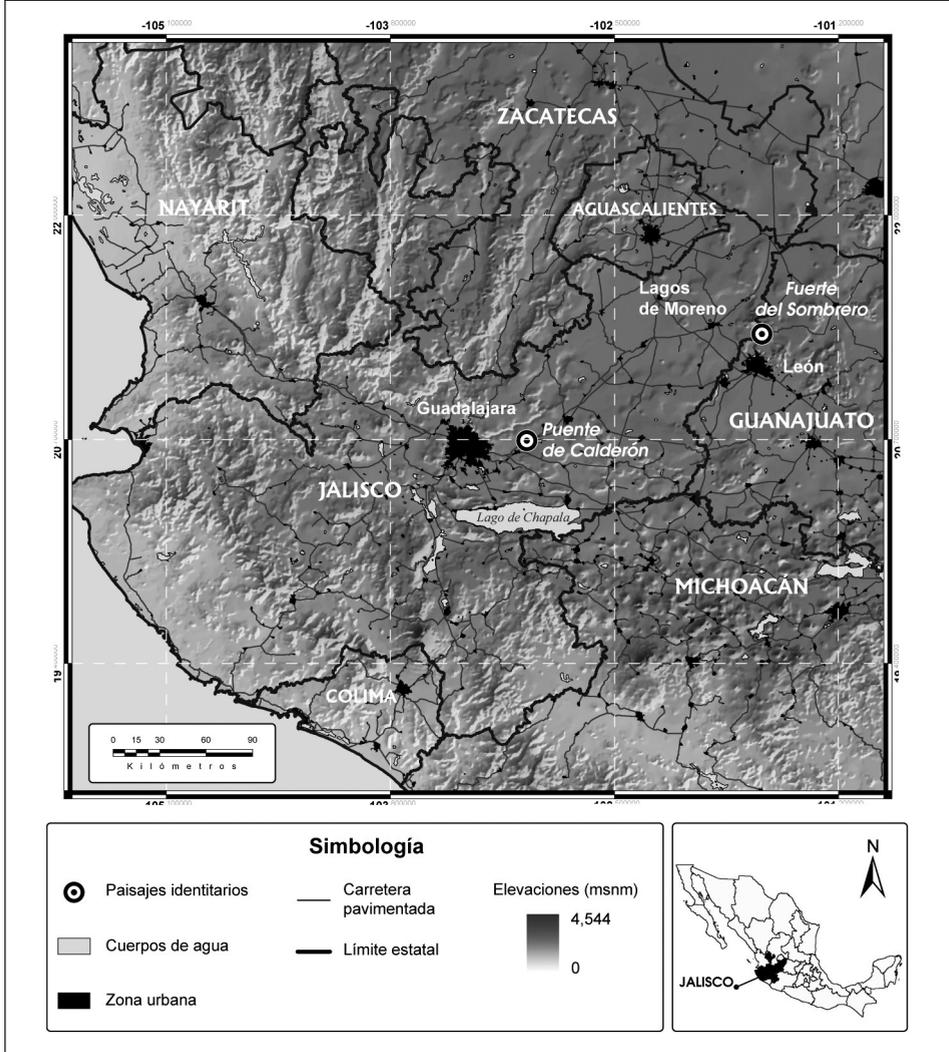
A pesar de ser mencionado en los libros de Historia y de constituir un destino privilegiado para las excursiones escolares que se organizan desde Lagos de Moreno y León una o dos veces al año, el Fuerte del Sombrero es desconocido por la mayoría de la población de los alrededores y más aún conforme nos alejamos. Este hecho se explica en parte por las dificultades de acceso: el cerro se halla en una propiedad privada, con caminos de acceso protegidos por barreras y a cuarenta minutos caminando del último punto accesible en coche. El lugar empezó a ser más conocido en estos últimos años, por lo menos dentro del ámbito de los académicos y políticos jaliscienses, cuando el arquitecto Salvador de Alba, originario de Lagos, encabezó un proyecto de rescate del Fuerte del Sombrero, con el objetivo de conmemorar el Bicentenario de la Independencia. En este contexto, un equipo de arqueólogos efectuó una prospección en 2008 para encontrar vestigios —basamentos, cerámica, lítica— de la ocupación del lugar por los Insurgentes (Esparza López, 2008) y el arquitecto elaboró una propuesta concreta de valoración del cerro, mediante la restauración del obelisco conmemorativo, la construcción de un centro de visitantes y de una plazoleta en la cima del cerro. La publicación que resultó de estos trabajos (Alba de Martínez, 2009) incluye además una compilación de datos históricos y arqueológicos sobre el Fuerte del Sombrero. El mismo año, se reeditó el libro *Viaje a las ruinas del Fuerte del Sombrero* de Agustín Rivera, un clérigo liberal de Lagos que investigó y relató la historia de Pedro Moreno y del Fuerte (Rivera, 2010). Escrito en 1875 y editado por última vez en 1967, el libro presenta una valiosa descripción del lugar y un relato de los sucesos históricos, 58 años después de ellos.

Como lo resaltan estas obras, el Fuerte del Sombrero fue un lugar emblemático de la resistencia insurgente y de la Guerra de Independencia. Si el objetivo de este trabajo no es contar detalladamente la historia militar del lugar, es importante sin embargo contextualizar los sucesos históricos, tarea facilitada por la lectura de los trabajos anteriormente citados¹. En abril de 1814, se

¹ En otros libros antiguos o recientes, los autores, como Antonio Rivera de la Torre (Rivera de la Torre, 1917) e Isaura Rionda Arreguín (Rionda Arreguín, 2000), retoman en gran parte las informaciones proporcionadas por Agustín Rivera.

MAPA 1

PAISAJES IDENTITARIOS EN EL ESTADO DE JALISCO: LOCALIZACIÓN



levantó una tropa de insurgentes —notables y rancheros originarios de Lagos de Moreno— encabezada por Pedro Moreno, propietario de varias haciendas de los alrededores. Desde la Hacienda Saucedá, donde tomaron las armas, se

dirigieron con sus familias hacia la Sierra de Comanja. En el camino, se les juntaron habitantes de toda la región (Rivera, 2010, p. 60). Eligieron como lugar de refugio una loma estrecha constituida por dos elevaciones, el Cerro del Sombrero y la Mesa de la Serna, separadas por un angostamiento, y que se alargan sobre aproximadamente 500 metros (véase ilustración 2). El sitio ofrece una buena protección natural: situado a aproximadamente 2.700 metros de altitud, está delimitado al oriente y al poniente por despeñaderos que se prolongan en profundas barrancas —Barbosa y del Rincón—, con un desnivel de más de 100 metros de cada lado. Domina el valle de Comanja y La Labor situado al oeste, y las mesas de las Tablas y de los Borregos al noreste. Al sur y al norte, en los puntos extremos de los cerros donde no existían buenas defensas naturales, «había un muro de adobe de mucho espesor, y sobre él cañoneras y arpilleras para fusil. Por dentro del muro, había una banqueteta, y por fuera un foso profundo abierto en la peña viva de una vara de ancho, por no permitir más extensión la naturaleza del terreno» (Rivera, 2010, p.83). Las construcciones —casas, jacales, almacenes, talleres y hospital— se hallaban sobre las dos elevaciones y en el pasadizo². El único aljibe, donde se almacenaba el agua de lluvia y la que se subía a cántaros, se encontraba también en la parte central. Existía una red de veredas y atajos que permitían una buena comunicación con los alrededores; las usaban los insurgentes y también los comerciantes y los habitantes de las ciudades y pueblos de los alrededores que surtían el Fuerte con mercancías (Rionda Arreguín, 2000, p. 87; Rivera, 1917, p. 96).

Pedro Moreno y sus hombres llevaban expediciones desde el Fuerte para ganar posiciones a la Insurgencia y se refugiaban en él en caso de ataques. La buena protección del lugar y la posibilidad de avituallarse les permitieron quedarse con sus familias durante más de tres años. Sin embargo en julio de 1817, en un contexto de disminución de intensidad de la lucha en todo el territorio, con la práctica de la política de indultos y la desaparición de muchos focos insurgentes, los realistas encabezados por Pascual de Liñán atacaron el Fuerte del Sombrero y empezaron un asedio que duró veinte días. No dieron resultados las propuestas de capitulación del General Young y de Pedro Moreno (Rivera, 2000 [1875], pp. 93-94), razón por la cual numerosos sitiados desertaron durante las noches; cuando los sorprendían los realistas eran fusi-

² Según Rivera (2000, p. 82), las habitaciones se hallaban al sur, en la Mesa de la Serna. Sin embargo, durante la prospección arqueológica, la mayor parte del material cerámico y lítico fue encontrado en el Cerro del Sombrero al norte, y sobre todo en el pasadizo de piedra que une las dos elevaciones (Esparza López, 2008, pp. 15-21).

lados en el momento. Sin la posibilidad de conseguir ni agua ni víveres, a pesar de los intentos, Pedro Moreno ordenó finalmente el rompimiento del sitio el 19 de agosto de 1817. Aprovechando la oscuridad de la noche, algunos de los insurgentes —entre los cuales estaba Pedro Moreno— consiguieron escaparse en medio de los tiroteos. Liñán se apoderó en seguida del fuerte y mandó destruir la totalidad de las fortificaciones y construcciones y matar a los prisioneros (Rivera, 2000, pp. 107-110).

ILUSTRACIÓN 2
EL FUERTE DEL SOMBRERO



Se distinguen las dos elevaciones —el Fuerte del Sombrero con el obelisco y la Mesa de la Serna a la izquierda— unidas por un pasadizo. A lo lejos, la ciudad de León.

Cuando Agustín Rivera visitó el lugar en 1875, no quedaba casi nada del Fuerte: «vimos muchos cimientos de casas, algunos huesos de animales y uno que otro humano, los cimientos de la muralla del norte, los de la muralla del

sur y una cueva que ve al oeste...» (Rivera, 2000, p. 159). En la actualidad, aparte del obelisco conmemorativo ya muy deteriorado que se construyó en los años 1920, podemos observar un camino empedrado que era el acceso principal al Fuerte, al norte, y el aljibe, en bastante buen estado. La prospección arqueológica de 2008 reveló además la presencia de mojoneras, muros, pozos, terrazas habitacionales, así como rocas talladas y troneras, más o menos recubiertas por la vegetación (Esparza López, 2008).

A pesar de la reducida presencia de vestigios materiales, la observación atenta de los paisajes nos puede aportar valiosas indicaciones. La elección de este lugar estratégico y con una buena defensa natural demuestra el buen conocimiento de la región por parte de los insurgentes. La posición del Fuerte en un punto alto les permitía controlar todos los accesos: el valle donde se hallaban la hacienda de Santiago y el pueblo de Comanja al poniente, la Mesa de Las Tablas —donde Liñán estableció su cuartel general el 31 de julio 1817— y la Mesa de los Borregos al oriente. Podían así advertir desde lejos la llegada de tropas enemigas y prepararse para los ataques. Sin embargo, el aislamiento y lo abrupto del lugar provocaban también dificultades inevitables para avituallarse. El proveerse en agua era la labor más complicada, por las cantidades necesarias, el peso y la dificultad en cargarla. Grandes cantidades provenían de la barranca de la Barbosa, al oriente del Fuerte. El abastecimiento se volvió un problema muy grave durante el sitio. Cuenta Rivera, citando a Orozco y Berra (Rivera, 2000, p. 98), que los insurgentes y sus familias se arriesgaban por las noches a bajarse a la barranca para beber. Al observar la profundidad de la barranca, nos damos cuenta del esfuerzo que representaban tales desplazamientos. De la misma manera, podemos concebir la evasión de los asediados descolgados con sogas, durante las noches, en la Barranca del Rincón, situación descrita por Agustín Rivera (Rivera, 2000, p. 102). El conocimiento físico del lugar actual permite entonces representarnos con precisión los ataques que se dieron, las condiciones de vida de los sitiados y medir el grado de sus dificultades.

A pesar de haber sido un bastión insurgente importante que resistió un sitio en condiciones tan dramáticas, el Fuerte del Sombrero no fue, ni es, considerado como un lugar simbólico de la lucha insurgente en México. Fue olvidado rápidamente después de los hechos y, a pesar de los esfuerzos recientes realizados para darlo a conocer, se quedó fuera de los circuitos del Bicentenario de la Independencia. Sin embargo, este lugar presenta —además de su pasado insurgente— diversas características para ser un paisaje identitario. La posición dominante del cerro permite abarcar con la vista una sucesión sinfín de valles y sierras. Las mesetas de los alrededores, con sus paredes de cantera ro-

sada coronadas por una vegetación alta —bosques de pinos, encinos y algunos laureles— y las cañadas cubiertas por matorral —huizaches, amates y papelillos— contrastan con los valles cultivados situados abajo. Los paisajes en su conjunto presentan un fuerte atractivo estético, reforzado por la tranquilidad del lugar. En efecto, el Fuerte está totalmente alejado de cualquier localidad y de las vías de comunicación: solo una carretera local poco frecuentada, que enlaza León y las localidades situadas al norte, pasa por la barranca situada al oriente. En estas grandes extensiones cubiertas de vegetación silvestre, la fauna se revela numerosa y diversa, con mamíferos y aves de todo tipo: coyote, venado, tejón, zorrillo, víbora de cascabel, águila, halconcillo, golondrinas, güilotas, chachalacas (Esparza López, 2008, pp. 5-6).

A pesar de poseer todas estas características, parece difícil que los mexicanos se reconozcan en los paisajes del Fuerte del Sombrero. Por un lado, como lo hemos visto, la construcción de paisajes identitarios es un proceso largo, fomentado por grupos académicos y políticos, y en este caso se encontraría solamente en una primera etapa, con el reconocimiento del Fuerte como lugar de memoria. Por otro lado, parece difícil que en estos paisajes rurales y montañosos, se pueda reconocer una población que actualmente es urbana en 76,8% de los casos (Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, 2010) y que en general no mantiene —al contrario de lo que pasa en Francia— vínculos fuertes con el medio rural. La diversidad que existe a nivel del país dificulta la identificación de gran parte de la población con estos paisajes del occidente, conformados por montañas cubiertas de bosques y selva baja caducifolia. Sin embargo, mediante el acercamiento y el conocimiento de los paisajes, se podrían valorar los sucesos que pasaron allí y hacer del Fuerte del Sombrero un lugar emblemático de la Guerra de Independencia.

Pensando en esta posibilidad, existen dos opciones. La primera sería dar a conocer el lugar a través de un proyecto turístico masivo, con la construcción de un parque temático y obras para facilitar el acceso. En este caso, habría que tomar en cuenta que en este lugar accidentado y aislado, ecológicamente frágil, unos cambios drásticos podrían provocar grandes daños: el paso de una vía asfaltada causaría deterioros irremediables a la flora y a la fauna, una afluencia masiva de personas implicaría la acumulación de desechos, la destrucción de la vegetación alrededor de los caminos, la desaparición de la fauna, entre otras cosas. En la segunda opción, consideramos que la belleza de los paisajes del Fuerte se debe en gran parte a su aislamiento, por lo cual el aprovechamiento del lugar de memoria va a la par con su preservación y protección. Se podrían organizar por ejemplo visitas histórico-culturales para un público restringido e interesado en la Historia. Se conservaría en este caso el

acceso por senderos y caminos, considerando que el Fuerte es inseparable de su entorno y que la manera de conocerlo es a través del contacto con los elementos naturales —vegetación— y de la observación de los paisajes, lo que se puede hacer solamente caminando. En este caso, la vía de acceso podría ser bordeada por paneles informativos acerca de la fauna, la flora y la historia del Fuerte, sin efectuar obras mayores de acondicionamiento en el cerro.

La batalla del Puente de Calderón: paisajes de recreo

El Puente de Calderón, en el estado de Jalisco, es mucho más conocido y accesible que el Fuerte del Sombrero. Situado a 35 km al oriente de la capital estatal, fue el escenario de la famosa batalla que opuso las tropas de Félix María Calleja a los insurgentes encabezados por Miguel Hidalgo e Ignacio Allende el 17 de enero de 1811 (véase mapa 1). La batalla fue relatada por Calleja y por varios testigos y después estudiada, analizada y contada por historiadores de la época, como Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora y Lucas Alamán entre otros, por lo cual su desarrollo es bastante conocido. Después, Luis Pérez Verdía al inicio del siglo xx e historiadores contemporáneos especialistas del estado de Jalisco, como Jaime Olveda y José María Muriá (Muriá, 1981; Muriá, Galván y Peregrina, 1985), relataron la batalla en distintas obras, retomando referencias de sus predecesores y analizándola cada uno a su manera. En el contexto de los festejos del Bicentenario de la Independencia y de la batalla del puente de Calderón, se publicaron obras específicas: los libros *La batalla de Puente de Calderón* de Jaime Olveda (Olveda Legaspi, 2008)³, *Puente de Calderón, las versiones de un célebre combate* de María del Carmen Vázquez Mantecón (Vázquez Mantecón, 2010), un documental realizado por la Secretaría de Cultura de Jalisco titulado *La batalla del Puente de Calderón* (2009) en el cual participaron historiadores reconocidos (Jaime Olveda, Carmen Castañeda y Marta Terán entre otros)⁴.

³ Es una compilación de los distintos documentos que fueron escritos sobre la batalla, por parte de los actores (Calleja), testigos e historiadores de la época, con introducción explicativa de Jaime Olveda.

⁴ Es importante señalar que mucho antes de los festejos del Bicentenario, en 1980, Alma Rosa Bárcenas Díaz realizó una tesis de licenciatura en historia titulada *Puente de Calderón. Reconstrucción histórico-geográfica de una batalla (1811)*. La Licenciada en historia Cecilia Alma Pérez López, de la UDG, está actualmente realizando un trabajo sobre el mismo tema (Valdivia Órnelas, Castillo Aja y Pérez López, -en prensa-).

La batalla tuvo lugar poco tiempo después del inicio del movimiento de Independencia y marcó el final de la primera etapa de rebelión. Los insurgentes ya estaban en la ciudad de Guadalajara tomada dos meses antes, en noviembre de 1810. Para contrarrestarlos, el realista Calleja decidió avanzar sobre Guadalajara desde la ciudad de Guanajuato. El encuentro entre las tropas se dio en el Puente de Calderón, que constituía un lugar cercano pero separado de la ciudad (Vázquez Mantecón, 2010, p. 18), y estratégico, por ser la principal vía de acceso a Guadalajara desde León y México. Todos los historiadores que relataron el enfrentamiento insistieron sobre la desigual importancia de las tropas: los insurgentes eran mucho más numerosos que los realistas, aunque no coinciden los números citados —100.000 insurgentes según Lucas Alamán, menos de 40.000 según Luis Pérez Verdía, que se enfrentaron a 6.000 o 7.000 realistas—. El punto en que coinciden casi todos es que las tropas de Hidalgo estaban mal armadas y poco preparadas, lo que puede explicar en parte su derrota frente al ejército de Calleja⁵.

La ubicación exacta de la contienda es otro punto de discusión para los historiadores contemporáneos. Mientras hasta ahora los historiadores habían considerado al puente de Calderón como el escenario de la batalla, la historiadora María del Carmen Vázquez Mantecón lo cuestiona (Vázquez Mantecón, 2010, pp. 47-56). Relata que el puente que está actualmente en el centro de todas las atenciones se construyó después de la Independencia y que existen dos puentes más sobre el río Calderón. El puente escenario de la batalla podría ser otro, situado a 200 metros del primero, y que corresponde a las descripciones de la arquitectura y del río profundo que hizo Mariano Otero en el momento de los hechos.

La teoría de Vázquez Mantecón se apoya en documentos de archivos —que determinan la fecha de construcción del puente—, en la bibliografía existente —relatos de la batalla— pero también en la observación de los paisajes actuales. Podemos ver en su trabajo cómo la incorporación de la geografía y en especial el estudio de los paisajes a las investigaciones históricas puede enriquecerlas y aportar información complementaria decisiva. En este caso, la confrontación de los paisajes con las fuentes escritas ayudó a la historiadora a recrear las condiciones del enfrentamiento e incluso a redefinir la ubicación de la batalla. La observación del terreno permite también entender la confu-

⁵ Según Vázquez Mantecón, las tropas de Calleja no tenían más experiencia en los hechos de guerra que los insurgentes, pero estos últimos tampoco tenían “jefes instruidos para dirigir con acierto las operaciones” (Vázquez Mantecón, 2010, p. 36).

sión que existió durante la batalla, que fue resaltada por los historiadores de la época. En toda la zona, se suceden lomas, valles y cañadas; las mesas volcánicas están cortadas por corrientes de agua, que crearon valles con desniveles de 30 a 50 metros. Los ríos, unas corrientes secundarias de régimen pluvial intermitente, estaban en niveles muy bajos en el momento de la batalla a mediados de enero, después de varios meses sin lluvia. A pesar de que traían más agua que en la actualidad —ya que se construyó al final del siglo xx una presa para surtir la zona metropolitana de Guadalajara— representaban un obstáculo: si los hombres y los caballos podían atravesar los cauces sin problema, no era posible hacerlo con armas pesadas como las baterías de cañones. Las lomas y valles dificultaban además el avance y desplazamiento de las tropas realistas, que fueron lentas y torpes al momento de alcanzar las huestes de Hidalgo, que habían tomado posición en una loma (Vázquez Mantecón, 2010, p. 22). Los accidentes del terreno sin duda participaron a la confusión que reinó en las tropas durante todo el enfrentamiento.

Por otra parte, es interesante comparar los detalles del único plano que se hizo de la batalla con los paisajes actuales. El plano fue elaborado meses después de los hechos, seguramente por un subordinado de Calleja, para ser mandado al Rey de España. La comparación de los distintos elementos representados con la realidad observada permiten constatar que el plano está invertido —orientación sur-norte en vez de norte-sur—, tal como lo resaltaba Alma Rosa Bárcenas en su tesis (Bárcenas Díaz, 1980) y tal como lo confirma Vázquez Mantecón en su libro (Vázquez Mantecón, 2010).

Por otro lado, la observación de los paisajes en la misma estación del año en la cual se dio la batalla, ayuda a entender cómo influyeron las condiciones climáticas en su desarrollo. El incendio de un carro de municiones es una causa frecuentemente evocada para explicar la derrota de los insurgentes, mientras dominaban hasta este momento. Aunque no todos los historiados de la época coinciden para dar la misma importancia a este acontecimiento, cuando se constata la resequedad que reina en la vegetación en enero, parece muy lógica la rápida extensión del fuego primero a los cajones de pólvora y después al matorral de los alrededores. Formó una cortina de humo que provocó más confusión aún y provocó un sinnúmero de víctimas insurgentes, llevando al abandono del campo de batalla de los sobrevivientes y a la derrota final.

A pesar de la capitulación de los insurgentes, las tropas abigarradas formadas por indígenas y mestizos mal armados y desorganizados llegaron a simbolizar una lucha popular en contra del opresor español. La batalla y el puente se volvieron un símbolo de la lucha independiente, primero en los libros de

Historia y para los habitantes de Zapotlanejo y de los pueblos cercanos, y más recientemente para una población mucho más importante, mediante la valoración del puente que se consideró fue él de la batalla. Esta valoración pasó por la construcción de un parque temático y recreativo realizado para los festejos del Bicentenario: el Parque Bicentenario Puente de Calderón, que cubre hoy en día catorce hectáreas en total. Entre la carretera y el puente, en una superficie de aproximadamente 20.000 metros cuadrados, se extiende una zona de recreo para los visitantes, con andadores de piedra y alrededor de cincuenta pequeñas terrazas con sombreados, asadores, bancas y mesas de madera. Al lado del puente, se elaboró un cauce para un arroyo artificial y una represa con fuentes y chorros de agua, que permite una mejor valoración de la estructura cuando se organizan espectáculos (véase ilustración 3). Se nota también un esfuerzo para su valoración histórica, mediante la presencia de dos monumentos; el primero situado al lado de la carretera, con placas que cuentan las hazañas de Hidalgo, y el segundo a la orilla del puente, que representa a Hidalgo y a un indígena luchando. Se hallan también paneles explicativos diseminados en toda la zona de recreo que relatan la batalla en una pequeña reseña y señalan los principales puntos de interés. Cuando se conmemoró el Bicentenario de los inicios de la Independencia, el 15 de septiembre 2010, se organizó una escenificación de la batalla con actores, y los 16 y 17 de enero del año siguiente, se festejaron los 200 años de la batalla con varios eventos políticos, militares y culturales.

El Ayuntamiento de Zapotlanejo —la localidad que organizó las festividades y construyó las infraestructuras— considera que entre 1.000 y 2.000 personas acuden cada fin de semana al Parque recreativo. Es tal el éxito que los responsables tomaron la decisión de ampliar el parque y darle otra entrada al norte-oeste, por donde pasa la autopista que enlaza Lagos de Moreno con Guadalajara. Los visitantes son familias de Zapotlanejo, pero también de Zapopan y de toda la zona metropolitana de Guadalajara que acuden al lugar para comer y descansar. Las entrevistas dejaron ver que si algunos conocen la historia de la batalla que allí se desarrolló, para la mayoría el viejo puente de cantera es solamente un elemento más del escenario recreativo. El objetivo de la visita es sobre todo disfrutar de un lugar al aire libre, que tiene las infraestructuras necesarias de una zona recreativa. El hecho de que se modificaron los elementos topográficos en los alrededores del puente es otro ejemplo de que la comprensión de los acontecimientos históricos es secundaria. El río que pasaba debajo del puente desapareció; se aplanaron los relieves de los alrededores, sin tomar en cuenta que constituían el posible escenario de la batalla y que su alteración podría dificultar la reconstrucción de los sucesos e incluso la ubicación con toda seguridad del lugar real del enfrentamiento.

ILUSTRACIÓN 3
EL PUENTE DE CALDERÓN Y LA REPRESA



En el segundo plano, el río artificial en su cauce y las infraestructuras de recreo.

En este caso, podemos hablar de la re-creación de un espacio histórico para fines turísticos, con la alteración del paisaje para construir el parque y realzar un solo elemento, el puente de cantera, y sin que exista una completa certeza de que fue el sitio exacto de la batalla. Por lo tanto no podemos hablar de un lugar de memoria, ya que la historia está relegada en un segundo plano y que el atractivo del puente es esencialmente turístico. No podemos hablar tampoco de paisajes identitarios porque los paisajes de los alrededores no presentan características estéticas y ambientales de especial interés; desde las grandes vías de comunicación —la carretera federal 80 que enlaza Guadalajara y Tepatlán y la autopista Guadalajara-Lagos de Moreno— podemos observar parcelas de cereales alternando con pastizales y numerosas granjas ganaderas diseminadas. Tenemos aquí un claro ejemplo de las estrategias tu-

rísticas y de la «mercantilización» del paisaje descritas por el geógrafo Joan Nogué (Nogué, 2006, p. 140); según sus palabras: «vamos camino de la “tematización” del paisaje, que implica la negación de lo auténtico, el espejo de la falsedad [...]». Se crean paisajes y ambientes falsos, «decorado de cartón-piedra», con un propósito de explotación turística y sin ninguna medida de protección.

CONCLUSIÓN

Para que los paisajes relacionados con los sucesos de la Independencia que presentamos sean identitarios, faltaría un largo proceso de construcción. Sería necesario revisar otros lugares importantes de la lucha de Independencia en otras regiones, para identificar posibles paisajes identitarios, en especial en el valle de México donde constatamos que existió, por lo menos en el siglo XIX, un sentimiento de pertenencia fuerte. Sin embargo, en los dos casos estudiados, la observación y el análisis de estos paisajes podrían aportar muchos elementos para entender mejor la Historia. Con las herramientas pedagógicas apropiadas —mesas panorámicas de orientación, placas explicativas, visitas guiadas—, se podría aprender a leer los paisajes y relacionar los distintos elementos tanto naturales como antrópicos que los conforman, con la Historia. Mientras muchas veces se privilegia la simplificación de la Historia mediante héroes y sucesos míticos, vincularla con los lugares ayudaría a entender los sucesos históricos en toda su complejidad, considerando la diversidad de la sociedad que luchó por la Independencia y el papel de los elementos naturales que influyeron en su desarrollo. Para esto, es importante tomar en cuenta los paisajes en su integridad, considerando sus aspectos históricos, naturales, culturales y patrimoniales, y no solamente realzar algunos elementos aislados al detrimento de los demás, como pasó en el Puente de Calderón.

Al utilizar los paisajes como herramienta de aprendizaje de la Historia, no hay que perder de vista su conservación y protección. El promover un lugar histórico implica un riesgo de degradación, sobre todo cuando se trata de paisajes naturales frágiles, como en el caso del Fuerte del Sombrero. En ningún caso, su valoración debería hacerse al detrimento de su protección y de su conservación.

Recibido: 30/05/2011

Aceptado: 10/11/2011

BIBLIOGRAFÍA

- Alba de Martínez, S. (2009): *El Fuerte del Sombrero en la Sierra de Comanja, Jalisco. Bicentenario de la Independencia de México*. Guadalajara, Secretaría de Cultura.
- Bárceñas Díaz, A. R. (1980): *Puente de Calderón. Reconstrucción histórico-geográfica de una batalla (1811)*. México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis de licenciatura en Historia).
- Buchsenschutz, O. y Schnapp, A. (1997): "Alesia", en P. Nora (dir.): *Les lieux de mémoire*. Paris, Quarto Gallimard, 3, pp. 4103-4140.
- Cabrales Barajas, L. F. (2011): "Las panorámicas urbanas mexicanas: representación del paisaje cultural del siglo XIX e inicios del XX", en C. Herrejón Peredo y P. Escalante Gonzalbo (coord.): *El Patrimonio histórico y cultural de México: 1810-2010*. C. Herrejón Peredo (coord.): *La formación geográfica de México*. Vol.1. Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, pp. 126-178.
- Cachin, F. (1997): "Le paysage du peintre", en P. Nora (dir.): *Les lieux de mémoire*. Paris, Quarto Gallimard, 1, pp. 957-996.
- Esparza López, R. (2008): *Informe final de la prospección arqueológica del Fuerte del Sombrero, Lagos de Moreno*. Jalisco, Fiestas del Bicentenario de la Independencia de México (1810-2010). (No publicado).
- Florescano, E. (1998): *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*. México, Aguilar Nuevo Siglo.
- García Álvarez, J. (2009): "Lugares, paisajes y políticas de memoria: una lectura geográfica". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51/3^{er} trimestre, pp. 175-202.
- García Cubas, A. (1983): *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*. México, Debray Sucesores [1885]. (BCUCSH).
- García Rojas, I. B. (2009): *Historia de la visión territorial del Estado mexicano. Representaciones político-culturales del territorio*. México, Universidad de Guadalajara - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gómez Mendoza, J.; Muñoz Jiménez, J. y Ortega Cantero, N. (2002): *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de Textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*. Madrid, Alianza Universidad Textos.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (2010): *Censo de Población y Vivienda*. México.
- Martínez de Pisón, E. (2009): "Los paisajes de los geógrafos". *Geographicalia*, 55, pp. 5-25.
- Martínez de Pisón, E. y Ortega Cantero, N. (eds.) (2010): *El paisaje: valores e identidades*. Madrid, Fundación de Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Mollá Ruiz-Gómez, M. (2010): "Paisajes identitarios: México", en E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (eds.): *El paisaje: valores e identidades*. Madrid, Fundación Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 105-115.

- Muriá, J. M. (dir.) (1981): *Historia de Jalisco. T. II*. Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco.
- Muriá, J. M.; Galván, C. y Peregrina, A. (1985): *La Independencia en la Nueva Galicia*. Guadalajara, Departamento de Educación Pública del Estado de Jalisco.
- Nogué, J. (2006): “La producción social y cultural del paisaje”, en R. Mata y A. Tarrója, (coords.): *El paisaje y la gestión del territorio. Criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*. Barcelona, Diputació de Barcelona, pp. 135-143, Colección Territorio y Gobierno: Visiones, 5.
- Nora, P. (dir.) (1997): *Les lieux de mémoire*. París, Quarto Gallimard.
- Olveda Legaspi, J. (comp.) (2008): *La batalla de Puente de Calderón*. Zapopan (México), El Colegio de Jalisco - Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo.
- Ortega Cantero, N. (2004): “Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje”, en N. Ortega Cantero (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Madrid, Fundación Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 9-35.
- Ortega Cantero, N. (2007): “La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)”. *Eria: Revista cuatrimestral de geografía*, 73/74, pp. 137-159.
- Ortega Cantero, N. (2009a): “Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, 3^{er} trimestre, pp. 25-49.
- Ortega Cantero, N. y García Álvarez, J. (2009b): “Paisajes y lugares de memoria: Covadonga y El Paular”, en E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (eds.): *Los valores del paisaje*. Madrid, Fundación Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 45-93.
- Ortega Cantero, N. (2010): “Paisaje e identidad en la cultura española moderna”, en E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (eds.): *El paisaje: valores e identidades*. Madrid, Fundación de Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 47-67.
- Ramírez, F. (1989): “Acotaciones iconográficas a la evolución de episodios y localidades en los paisajes de José María Velasco”, en *José María Velasco Homenaje*. México, Universidad Autónoma Nacional de México, pp. 15-85.
- Ramírez, F. (2003): “México a través de los siglos (1881-1910): la pintura de historia durante el Porfiriato”, en J. Soler Frost (coord.): *Los pinceles de la historia. La fabricación del Estado 1864-1910*. México, Museo Nacional de Arte, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 110-145.
- Ramírez, F. (2004): “La construcción de la patria y el desarrollo del paisaje en el México decimonónico”, en S. G. Widdifield (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. La amplitud del modernismo y la modernidad (1861-1920). T. II*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Dirección General de Publicaciones, pp. 269-292.
- Ramírez, F. (intr.) (1993): *National Homage José María Velasco (1940-1912) (2 volúmenes)*. México, Museo Nacional de Arte.

- Ramírez, F.; Cuadriello, J. y Acevedo, E. (coord.) (2001): *Los pinceles de la historia: de la patria criolla a la nación mexicana 1750-1860*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Museo Nacional de Arte, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Rionda Arreguín, I. (2000): *Pedro Moreno, Francisco Javier Mina y los Fuertes del Sombrero y los Remedios en la insurgencia guanajuatense, 1817*. Guanajuato, Patrimonio cultural, Presidencia Municipal de Guanajuato.
- Rivera de la Torre, A. (1917): *Francisco Javier Mina y Pedro Moreno Caudillos libertadores 1817-1917; monografía histórica*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Rivera, A. (2010): *Viaje a las ruinas del Fuerte del Sombrero*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Summa Mexicana [1875].
- Sgard, A. (2008) : “Entre l’eau, l’arbre et le ciel. Figures paysagères suédoises et construction de l’identité nationale”, en S. Guichard-Anguis y S. Héritier (eds.): *Le patrimoine naturel entre culture et ressource. Revue Géographie et Cultures*, 66, pp. 121-138.
- Tuan, Y. F. (2007): *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España, Editorial Melusina (Primera edición en inglés: 1974).
- Valdivia Órnelas, L.; Castillo Aja, M. R. y Pérez López, A. C. (EP), *Los autores clásicos y la batalla del Puente de Calderón*.
- Vázquez Mantecón, M. C. (2010): *Puente de Calderón, las versiones de un célebre combate*. México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas.

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo identificar paisajes identitarios en México. Después de una revisión del concepto de paisaje en la geografía, se estudiará cómo se fueron conformando los paisajes identitarios en distintos países y se volvieron las representaciones de una identidad nacional en formación. En México, se utilizaron con ese fin las representaciones pictóricas del Valle de México en el siglo XIX. Sin embargo, los paisajes relacionados con la Independencia no están valorados, a pesar de que fue el suceso fundador de la nación. Mediante la observación en campo y una revisión bibliográfica, estudiaremos las características históricas, estéticas y ambientales de dos paisajes del occidente del país relacionados con la Independencia: el Fuerte de Sombrero y el Puente de Calderón. Si adquirir el estatus de paisajes identitarios parece difícil en ambos casos, el análisis de estos paisajes lleva a un mejor conocimiento de su historia.

PALABRAS CLAVE: paisaje; identidad; Independencia; México; valoración.

ABSTRACT

This work has as its main objective the identification of identity landscapes in Mexico. Based on a revision of the landscape concept in geography, we will study how

identity landscapes were formed in different countries and how they were incorporated in representations of a national identity. For example XIX century Valley of Mexico representations were used in Mexico as an identity landscape. Although, the Independence founded the Mexican nation, landscapes associated with this event continue to be undervalued. Through field observation and archival revision, we will study the historical, aesthetic, and environmental characteristics of two landscapes associated with the Independence in western Mexico. The two landscapes are: el Fuerte de Sombrero and el Puente de Calderón. If acquiring identity landscape status seems difficult in both cases, the analysis of these landscapes results in a better understanding of their history.

KEY WORDS: landscape; identity; Independence; México; appreciation.

RÉSUMÉ

Ce travail a pour objectif l'identification de paysages identitaires au Mexique. Après avoir révisé le concept de paysage en géographie, nous étudierons comment les paysages identitaires se sont conformés dans différents pays et sont devenus la représentation d'une identité nationale en formation. Au Mexique, les représentations picturales de la vallée de Mexico ont été utilisées dans ce but au cours du XIXe siècle. Cependant, les paysages en relation avec l'Indépendance ne sont pas valorisés, bien qu'il s'agisse de l'évènement fondateur de la nation. Grâce à l'observation de terrain et à une révision bibliographique, nous étudierons les caractéristiques historiques, esthétiques et environnementales de deux paysages de la partie occidentale du Mexique : le fort du Sombrero et le pont de Calderón. Si acquérir le statut de paysage identitaire paraît difficile dans les deux cas, l'analyse de ces paysages permet une meilleure connaissance de leur histoire.

MOTS CLÉS: paysage; identité; Indépendance; Mexique; valorisation.